

LECCIÓN 26.^a LA UNIDAD DEL MENSAJE BÍBLICO

1. El mensaje central de la Biblia

Suele decirse a menudo que, a veces, los árboles impiden ver el bosque. Quizás el tema del dispensacionalismo que hemos tratado en las lecciones anteriores sea una buena prueba de ello. Nimios detalles, tomados de una manera literalista, y más aún cuando se trata de profecía, pueden hacernos perder de vista el tema central de la Biblia, derrochar tiempo y energías en meras curiosidades, olvidar la espera expectante de la Iglesia en todo momento, retrasar nuestro crecimiento espiritual y enturbiar la comunión entre hermanos de la misma fe fundamental evangélica. Recordemos el sobrio final del capítulo 20 del Evangelio según Juan: Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro (¡y cómo nos gustaría Conocerlas!). PERO ESTAS SE HAN ESCRITO PARA QUE CREÁIS QUE JESÚS ES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS, Y PARA QUE CREYENDO. TENGÁIS VIDA EN SU NOMBRE» (Jn. 20:30-31).

Por eso, tras la discusión sobre la escatología dispensacionalista, nos vendrá muy bien, tanto como refrigerio espiritual cuanto como punto de convergencia para una verdadera comunión fraternal de fe amor, volver nuestros ojos al final de la Tercera Parte de este libro, a la consideración del mensaje central de la Biblia.

¿Cuál es el mensaje central de la Biblia? El mensaje central de la Biblia lo constituye la historia de la salvación. Todo queda subordinado a este objetivo. Quien no discierna esta finalidad del texto sagrado (como es la tragedia de las sectas y de muchas herejías) no lo podrá comprender jamás. Y la figura central de este mensaje es Jesucristo, el Hijo de Dios, la Revelación final, definitiva, del Padre, para nuestra iluminación, para nuestra salvación, para nuestra glorificación.

El profesor F. F. Bruce, de la Universidad de Manchester, observa tres aspectos básicos de esta historia de la salvación, que aparecen en ambos Testamentos y desarrollan y explicitan la misma:

- A) El Dador de la salvación.
- B) El camino de la salvación.
- C) Los herederos de la salvación.

Este triple principio podría también ser descrito en términos del pacto (*diatheke*, vocablo griego que expresa mejor lo que en los países de cultura latina se tradujo por «testamento») de Dios con los hombres.

El mensaje central de la Biblia es el pacto de Dios con su pueblo. Y en este pacto aparecen también los tres elementos arriba citados: d) El Mediador del pacto, b) Las bases del pacto, c) El pueblo del pacto.

Dios mismo aparece siempre como el Salvador de su pueblo, el ejecutor de una salvación que siempre es por gracia. Es asimismo el Señor quien confirma su pacto de gracia en favor de una humanidad caída, a la que redime por nuevas sendas. Cristo, dador y artífice de la salvación, obra desde el principio con el Padre por el poder del Espíritu Santo para crearse un pueblo nuevo, celoso de buenas obras. Tal es el mensaje central de la Biblia. El Dador de esta salvación, el Mediador del pacto, es Jesucristo, el Hijo de Dios. El camino de la salvación —la base del pacto— se funda en la gracia de Dios que llama a los hombres al arrepentimiento y espera una respuesta de fe y obediencia. Los herederos del pacto, los que alcanzan la salvación, son el Israel de Dios y la Iglesia de Dios, por cuanto en ambos casos la respuesta dada al Dios del pacto ha sido por la fe.

El mensaje central de la Biblia, y su unidad básica, son, pues, resultado de esta voluntad salvadora de Dios Trino: Dios Padre que llama a la salvación a los hombres; Dios Hijo que efectúa esta salvación en su vida, muerte y resurrección; y Dios Espíritu Santo que aplica la salvación planeada por el Padre y obrada por el Hijo, haciéndola fructificar por el Espíritu para santificación de los elegidos (1.ª Ped. 1:2).

Ya hemos dicho algo de la idea del pacto. Se trata de un concepto bíblico básico, unificador del mensaje de la Revelación. La ley mosaica, la liturgia levítica, la piedad del Salterio y la sabiduría de los escritos «sapienciales» son otros tantos aspectos que contribuyen, cada uno en su medida, a expresar esta historia de salvación, este mensaje que presta unidad al contenido de la Sagrada Escritura. Estudiémoslo por partes, aunque sea someramente. Veremos que en todos ellos halla expresión la misma voluntad salvadora de Dios, la misma oferta de gracia, los mismos requisitos para obtener la salvación y las mismas promesas de paz, gozo y vida eterna.

Los instrumentos pueden variar, y varían, pero el objetivo salvífico de Dios no cambia jamás: El es siempre el mismo tanto en su carácter como en sus propósitos de salvación.

2. Los pactos de Dios

A) El pacto prediluviano con Noé (Gen. 6:18). En esta breve referencia ya se nos anuncia implícitamente lo que es y será a lo largo de las Escrituras un pacto con Dios: no se trata de un acuerdo entre Dios y el hombre, a la manera de los pactos humanos, sino que la iniciativa siempre parte de Dios, puesto que procede de su gracia soberana, y la estabilidad del pacto se funda en lo que afirma y hace Dios, no en lo que Noé hace. Pero Noé tiene que obedecer, ésta será su respuesta de fe.²⁶ Noé tiene que hacer todo lo que le manda Dios al revelársele en su pacto de gracia (Gen. 6:18b-21). Aquí no hay conflicto entre la soberanía de Dios y la obediencia de la fe, ni entre la gracia y las obligaciones que de ella se derivan.

B) El pacto postdiluviano con Noé (Gen. 9:9-17). Aquí también queda excluida cualquier idea de pacto bilateral. El pacto es unilateral: «he aquí que yo establezco mi pacto...» (Gen. 9:9). En este pacto todo depende de Dios; es universal y eterno.

C) El pacto con Abraham (Gen. 12:14; 15:8-18; 17:6-8). En Abraham serán benditas todas las naciones (Gen. 12:3); el pacto se hace perpetuo (Gen. 17:7, 8, 19) y es confirmado irrevocablemente (Gen. 15:9-17). El pacto con Abraham es, pues, divinamente ideado, administrado, confirmado y ejecutado. La respuesta de la fe es la obediencia que guarda el pacto (Gen. 17:10). Tampoco aquí existe contradicción entre la gracia y las obligaciones que ella engendra. Guardar el pacto equivale a dar expresión a la espiritualidad del pueblo que es llamado a perseverar en la comunión espiritual con el Señor.

D) El pacto con Israel (mosaico). Israel es elegido para ser un pueblo santo, separado para Dios (Ex. 2:25; Lev. 19:2; Deut. 4:37; 7:6-8; 9:46; Os. 13:5; Am. 3:2). Es, pues, el pacto que Dios hace con su pueblo redimido (Ex. 6:68; 15:13; 20:2; Deut. 7:8; 9:26; 13:5; 21:8). Israel fue admitido a una relación filial con su Señor y Salvador (Ex. 4:22; Deut. 8:5; 14:1; 32:6; 1.ª Crón. 29:10; Is. 63:16; 64:8; Jer. 3:19; 31:9; Os. 11:1; Mal. 1:6; 2:10).

El pacto mosaico fue hecho con Israel como una ampliación del pacto concertado con Abraham (Ex. 2:24; 3:16; 6:4-8; Sal. 105:8, 12, 42-45; 106:45). Como en todos los demás pactos, la dispensación amorosa y soberana de la gracia divina aparece en primer lugar, así como el llamamiento a establecer una relación espiritual entre el hombre y su Salvador (Ex. 6:7; Deut. 29:13; Ex. 19:5-8; 24:3-4; Deut. 4:13-14).

Como en todos los demás pactos, la condición para gozar y disfrutar de las bendiciones divinas es la respuesta obediente y consagrada (Ex. 24:7; Lev. 19:2; Deut. 6:4-15). El creyente no puede continuar en la gracia que el pacto dispensa si no persevera en su fidelidad (Rom. 11:22; Col. 1:23; Heb. 3:6, 14; 1.ª Ped. 1:5). Pero el mismo pacto mosaico provee asimismo

para la limpieza y el perdón, mediante la liturgia levítica que anuncia voladamente la gran salvación del Calvario.

E) El pacto davídico. Se anuncia en pasajes como Salmo 89:3-4, 26-37; 132:11-18 (cf. 2ª Sam. 7:12-17). Las características más sobresalientes de este pacto son su estabilidad y la inmutabilidad de las promesas dadas (Sal. 89:3. Cf. 2ª Sam. 23:5) y, sobre todo, su carácter eminentemente mesiánico, ya que sus referencias últimas señalan siempre el Mesías que ha de venir del linaje de David (Is. 42:1, 6; 49:8; 55:3-4; Mal. 3:1; Lúc. 1:32-33). El Mesías no sólo es la figura central en este pacto, sino que él mismo es el pacto, y todas las provisiones y bendiciones del mismo fluyen de su obra y de su persona. Nada nos certifica con mayor seguridad el hecho de la voluntad salvadora de Dios que el que haya dado a Aquel en quien todas las promesas son Si y Amén, como pacto a su pueblo para asegurarle su presencia y su bendición.

F) El nuevo pacto. Es el llevado a cabo en el cumplimiento de los tiempos (Mar. 1:15; Gal 4:4; Heb. 9:26) y, por esta razón, es el pacto eterno que los resume a todos y les da su cumplimiento (Heb. 12:28; 13:20). La gracia proclamada y dada por los demás pactos halla aquí su plenitud. Es el climax de la revelación de la gracia que todos los pactos se esforzaron en ejemplarizar. Vemos, pues, una continuidad gradual y progresiva en la administración de los pactos a través de la historia (Gal. 3:17-22; Heb. 9:16, 17. C1. Lúc. 1:72),

El concepto central que entraña la idea del pacto fue aplicado en distintas circunstancias históricas y, por consiguiente, bajo diferentes condiciones, halló diferentes expresiones. Pero estas expresiones no son, en modo alguno, contradicciones. La idea central de la gracia de Dios derramada en favor de una razón caída, aparece continuamente en todos los pactos, y su aplicación solo esto condicionada a las situaciones históricas.

Desde Abraham, los pactos nos muestran su contenido eminentemente redentor y su propósito de gracia. Pero ello no significa que la gracia comenzase con Abraham.

Así, los pactos son correlativos, y su proclamación es la misma: revelan el amor de Dios y sus propósitos de salvación. Existe, pues, un progreso de enriquecimiento a lo largo de los sucesivos pactos. Este progreso no se desvía nunca de los aspectos básicos que rigen la idea del pacto: el amor de Dios y la gran salvación de Dios. El progreso equivale a una mayor plenitud de revelación, a un desarrollo de lo que en los primeros pactos ya estaba latente. De ahí que el climax de la redención sea asimismo el climax también de todo pacto. En sana exégesis no debemos nunca oponer unos pactos contra otros: esto ocurre solamente allí donde no existe una comprensión clara de las relaciones entre la ley y el Evangelio, entre la antigua y la nueva dispensación, entre el Viejo y el Nuevo Testamento.

3. La ley de Dios

La unidad de propósitos redentores que caracteriza el mensaje de la Biblia aparece igualmente en el concepto bíblico de la Ley (la Torah), es decir, la ley dada por medio de Moisés (Jn. 1:17), ya aludida en el párrafo 2 de la presente lección, D).

¿Cuál fue el propósito de la ley? Triple:

a) La ley fue una disciplina, un dique para contener el desbordamiento del pecado (Gal. 3:19; 1.ª Tim. 1:9).

b) La ley fue el ayo para llevarnos a Cristo. Por la ley es el conocimiento del pecado y el despertar de nuestra conciencia (Rom. 3:20; 5:20: 7:7-11; Gal. 2:19; 3:24). Por ello, nos hace conscientes de nuestra impotencia para salvarnos y nos conduce a Cristo, nuestro único Salvador. En este sentido es un medio de gracia.

c) La ley es una norma para nuestra santificación, al menos en su subyacente aspecto moral, pues expresa el carácter eternamente santo de Dios, y en este sentido es un instrumento del Espíritu Santo (instrumento potenciado por el amor) para llevar a cabo nuestra transformación conforme «a la imagen del Hijo de Dios» (Rom. 3:31; 8:29; 1.ª Cor. 7:19; 9:21; Sant. 1:25; 2:8-9; Jn- 14:15, 21; 15:10; 1.ª Jn. 2:3-5, 22, 24).

4. La liturgia levítica

La ley de Moisés no sólo contenía preceptos morales que desarrollaban lo proclamado en el Decálogo, sino que constaba además de una larga y compleja sección litúrgica (cf. Ex., Lev. y Núm.) que tipificaba en símbolos las grandes realidades de la salvación que el Mesías llevaría a cabo en el futuro. Todo el Antiguo Testamento nos habla de la sangre de los sacrificios, que es el símbolo de la sangre de Cristo (Heb. 9). Los creyentes piadosos sabían que sus pecados contra la ley moral —ley que no podían cumplir nunca en toda su perfección— les eran perdonados en virtud de los sacrificios de la misma ley, que en su aspecto litúrgico anunciaba ya la gran salvación obrada después en el Calvario. Aquellos creyentes de la Antigüedad se salvaban por fe en el Cristo que había de venir, así como nosotros somos salvos hoy por fe en el Mesías que vino ya (Heb. 11:24-26).

Nos encontramos, pues, con las mismas verdades reveladas en el Nuevo Testamento, pero que en el Antiguo eran exhibidas de una manera adecuada a la comprensión y al momento del allí y del entonces. Con todo, encontramos idénticos elementos de verdad redentora, porque la mente de Dios no cambia jamás y las necesidades de la creatura caída son siempre las mismas. Los actos litúrgicos del Antiguo Testamento, que constituían el alma de la religión de Israel, no sólo ofrecían una gran profecía de la redención del Calvario, no sólo eran su representación tipológica, sino que, al mismo tiempo, eran su presentación salvífica mediante la experiencia espiritual que ofrecían y la fe que demandaban.

El Nuevo Testamento afirma claramente que estos ritos levíticos eran tipos de la muerte de Cristo. Tenían un significado relacionado con dicha tipología. El adorador hebreo, tanto si podía intuir la relación que su liturgia tenía con un Salvador sufriente, como si todavía no lo vislumbraba (este discernimiento fue gradual y es dable percibir su evolución en el libro de los Salmos y en los profetas), podía presentar un servicio cultural aceptable a Dios. La liturgia levítica le ofrecía una triple experiencia:

1) Le llamaba a reconocerse pecador e indigno de las bendiciones del Altísimo, y le movía a acercarse a Dios con corazón humilde y contrito.

2) Le proclamaba que la única manera de renovar la comunión con Dios era aceptar las condiciones, o los medios, que Dios mismo ponía a su alcance.

3) Le anunciaba la «buena nueva» (¡Evangelio!) de que, al entregarse contrito y humillado en demanda de perdón, y por medio del sacrificio ordenado por la ley, se reintegraba a la comunión con Dios, era aceptado ante el Señor, perdonado y justificado.

Y esta triple experiencia estaba saturada del gran principio bíblico anunciado en ambos Testamentos: «sin derramamiento de sangre, no hay remisión de pecados».

En la mente de Dios todo apunta al Evangelio. La obra y la persona de Cristo son la culminación del plan divino, el cual, sin embargo, ya antes de su cumplimiento, era proclamado, de diversas maneras, para salvación. Al mismo tiempo, Dios preparaba así al mundo para la venida del Mesías. Pero en todo momento el Señor ofrece al hombre pecador las mismas bases de salvación: experiencia de convicción de pecado, entrega a Dios por fe, y justificación ante el Señor, con lo que se logra la reanudación de nuestra comunión espiritual con El.

Existe, pues, una misma unidad de propósitos salvadores y una misma unidad en los tratos

de Dios con el hombre. Todo ello contribuye a la unidad del mensaje de la Biblia.

5. La piedad del Salterio

La unidad del mensaje de la Biblia se hace también evidente en la piedad hebrea, tan estupendamente reflejada en el Salterio. El libro de los Salmos no sólo sirvió de elemento devocional a Israel, sino también a la Iglesia. En los Salmos la espiritualidad hebrea halla su más alta expresión; en ellos se expresa no sólo el creyente individual, sino todo el pueblo de Dios. Más aún, el Salterio es el libro del Antiguo Testamento que mejor conocen los cristianos. Si esto es así —y es evidente que estamos afirmando una verdad histórica incontrovertible—, es porque el Dios revelado en la Biblia es siempre el mismo y tiene las mismas exigencias sobre el hombre. El Salterio refleja esta continuidad dentro, claro está, de las diferencias de tiempo, lugar, circunstancias, etc.

Los Salmos enfatizan la disposición interior como algo básico para acercarse a Dios (40:6; 1:9) al participar de la liturgia levítica (4:5; 10:13; 51:19; 66:13-15). Quizás con ello ya apuntaban a la transitoriedad del ritual levítico y estimulaban a buscar su más profundo significado que habría de ser revelado de manera perfecta en el Nuevo Testamento. De ahí el énfasis en los sacrificios espirituales también (40:6 y ss.: 50:14-23; 51:16; 19:14; 141:2; 15:1 y ss.). El salmista cree en la omnipotencia de Dios, en su providencia, en su perdón; se regocija en su salvación y en su justicia, descansa en su fidelidad y siente cerca la presencia del que es Señor y Salvador de Israel.

Y el mismo significado tienen para la Iglesia primitiva; Mat. 21:16, 42; 26:30; 27:46; Lúc. 24:44; Hech. 1:20; 2:25-28, 30, 34 y ss.; Ef. 5:19; Col. 3:16; Sant. 5:13. Desde entonces los Salmos han modelado la oración de la Iglesia, bien por su uso mismo, bien como inspiradores de la plegaria del pueblo de Dios.

6. El pueblo de la Biblia

El mensaje de la Biblia es primordialmente la historia de nuestra salvación. La unidad de su mensaje estriba en esta característica destacada y primordial. Pero también existe un pueblo de la Biblia: los herederos de esta salvación proclamada en, y por, las páginas de la Escritura. Este pueblo es el pueblo del pacto, el Israel de Dios. la Iglesia de Dios.

Como escribe F. F. Bruce:

«La continuidad del pueblo del pacto, a partir del Antiguo Testamento y hasta el Nuevo Testamento, queda algo oscurecida porque en nuestras Biblias la palabra «iglesia» nos parece una palabra exclusiva del Nuevo Testamento, y pensamos en ella como en algo que dio comienzo en el período del Nuevo Testamento. Pero el lector del Nuevo Testamento griego no se encontró con una nueva palabra al leer ekklesia en sus páginas, porque ya se había familiarizado con la misma en la versión griega de los LXX cada vez que se refería a Israel como el qahal = asamblea, de Jehová. Por supuesto, al llegar al Nuevo Testamento, el vocablo adquiere un nuevo y más pleno significado. Jesús dijo: «Yo edificaré mi Iglesia» (Mat. 16:18), ya que el pueblo del antiguo pacto tenía que morir con él para resucitar con él a una nueva vida en la que las viejas restricciones nacionales habían de desaparecer. Pero Cristo provee en sí mismo la continuidad vital entre el antiguo Israel y el nuevo, y sus fieles seguidores son tanto el remanente justo de antaño como el núcleo nuevo de hogar. El Siervo de Jehová y sus siervos ligan los dos Testamentos para presentar un único pueblo de Dios.»

La unidad de la Revelación queda perfectamente reflejada en la unidad del pueblo de Dios. Porque no es judío el que lo es en la carne, ni es válida la circuncisión que no lo sea, al mismo tiempo, del corazón. Dios puede levantar hijos de Abraham aun de entre las piedras, y todos los que son de la fe —todos los que creen en Cristo— son sus hijos, «siente de Abraham son». Los pobres de Jehová, el remanente fiel, el Israel de Dios, es el pueblo que respondió (y responde) con fe obediente al llamamiento de la gracia de Dios, y este pueblo es hoy lo que

llamamos «Iglesia», el «Israel de Dios» (Gal. 6:16).